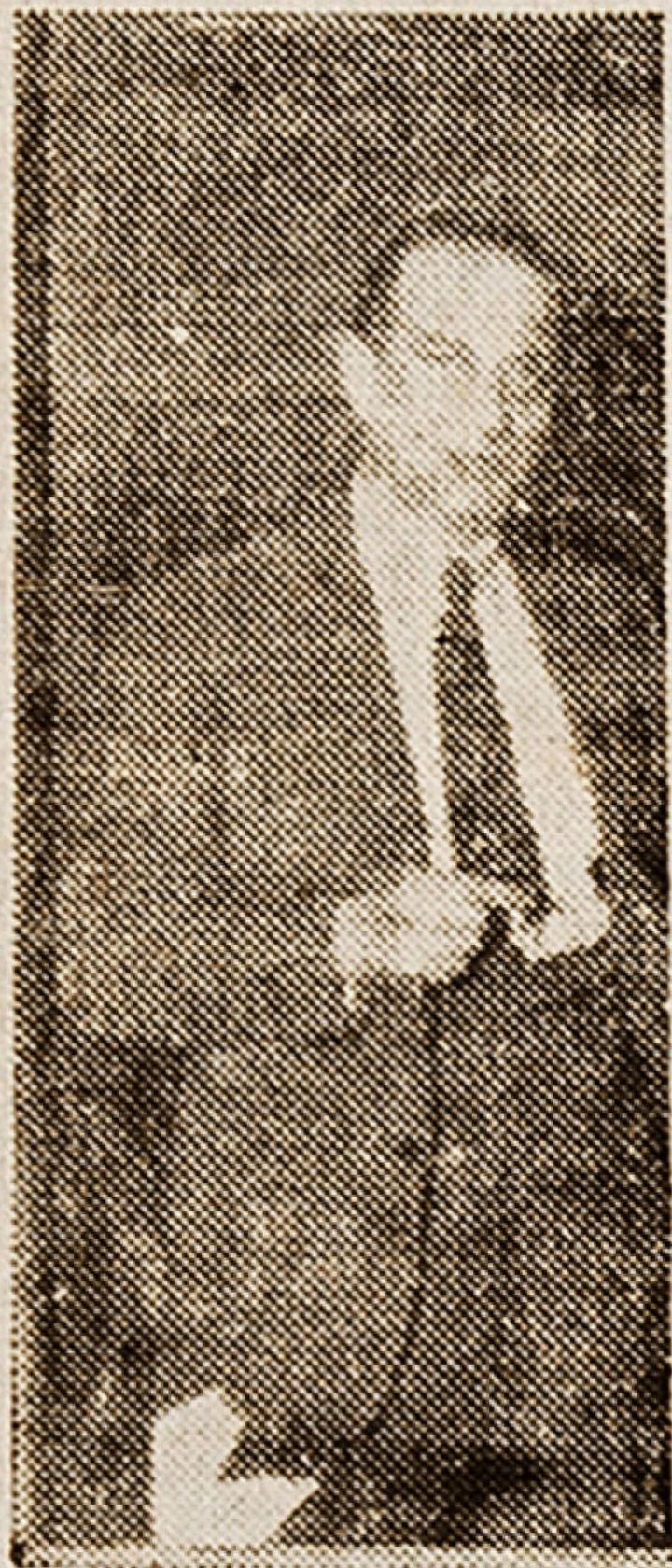


EL PREMIO ATENEA

Alguno tomó a ironía que se concediera a Bergson el Premio Nobel de Literatura. No así el interesado quien lo recibió de muy buen talante. Francés de cepa, sabía el filósofo que las ideas sólo alcanzan madurez en una forma perfecta y que así como distan de la cumbre los poemas que no tocan en la metafísica, algo les falta a los sistemas que no se organizan armo-



DON DOMINGO MELFI

niosamente. Por lo demás, el tiempo ha borrado tantas fronteras que ya cuesta saber dónde un género empieza y otro concluye...

Según las viejas nomenclaturas, "Pacífico - Atlántico", por Domingo Melfi, agraciado con la recompensa anual de Atenea "a la mejor obra literaria", debería clasificarse entre los libros de viajes, porque relata el que de ida y vuelta hizo un viajero hacia el país vecino, a no ser que se le calificara de ensayo, por abundar en él más las reflexiones que las descripciones.

El jurado del premio, sin sujetarse a esas casillas, ha querido sobre todo realzar la categoría estética del libro, su dignidad literaria, la nobleza y la hermosura del estilo en que está escrito. Domingo Melfi, como otros muchos, es un poeta prisionero de la tarea periodística

y un hombre de imaginación y sentimiento a quien, por aquella obligación de estar atento a la realidad circundante, apasionan los problemas sociales contemporáneos.

En el libro, ha encontrado medio de fundir y cómo bañar sus preocupaciones ideológicas, políticas, históricas y hasta étnicas en un molde amplio y a veces flotante de belleza panorámica. Busca el paisaje que desfila a sus ojos como un medio de interpretación y clave de la psicología; pero las pampas primero y después la tierra montañesa lo cogen y, de pronto, sorprendemos al artista en pleno pecado de ensoñación poética.

Deleitoso pecado.

Véase este atravesar de cordilleras:

"El silencio sopla en lentas
"oleadas hacia las gargantas y
"los valles. El hombre que cru-
"za esos senderos se embriaga
"de soledad. Se vuelve taci-
"turno, reconcentrado. Allí las
"voces altas se quiebran, se
"hacen tímidas y encogidas. Las
"tuberías de piedra parece co-
"mo si chuparan las voces. Es-
"tá siempre presente el destino,
"lo que no es sino sorpresa,
"expectación. El alma se siente
"prisionera. Se yergue y se des-
"ploma como un ave zahareña.
"Con ser tan fino el aire, el aire
"se pierde entre los recodos.
"Con ser tan penetrante la so-
"ledad, la soledad se acuesta
"en todas partes y en todas
"hace del hombre una pequeña
"cosa indecisa e inexpresiva
"La soledad es misteriosa, por-
"que allí todo es inmóvil, con
"la mudez de lo grandioso. ¿Qué
"hay detrás de aquellas pode-
"rosas montañas azules? ¿Qué,
"detrás del agrio bastión de pie-
"dra? ¿A qué sitios lleva el ca-
"mino rojo, apenas hollado por
"la planta del hombre? Por to-
"dos los filos de la sierra, en
"todas las abras, en todos los
"huecos sombríos, en el lento
"caer de las espumas que bro-
"tan como cabelleras blancas,
"asoma la soledad, el silencio.
"El silencio trepa por las aris-
"tas agudas, danza en el eplen-
"dor de la luz, se convierte en
"una gasa fina e impalpable.
"La voz humana tiene una in-
"flexión extraña; es voz aga-
"rrada por la soledad que no
"tolera sus espasmos inmovili-
"zados, sus ritmos propios y ex-
"clusivos."

¿En qué novela, aun muy subida de tono literario, disonaría este trozo que junta la música y la plástica y en que vemos

acercarse el momento de la pura estrofa?

Hé aquí, a nuestro juicio, la parte sólida y duradera de "Pacífico-Atlántico" y lo que de él podrá salvarse, cuando haya pasado la moda que hoy lleva a los escritores hacia intuiciones de una sociología discutibles y que nunca, por documentadas que las supongamos, dejan de basarse en cierto arriesgado "sentido adivinatorio".

Bellas palabras, bellas imágenes, sensaciones hondas y finas, un alto espíritu de observación humana y natural, tales son los que podríamos llamar fundamentos de la sentencia dictada por el jurado del premio Atenea al señalar, entre muchos otros, el libro de Domingo Melfi como el mejor de 1934.